La agencia de Correlargo

Catalina

LA AGENDA DE CORRELARGO.

COMEDIA EN UN ACTO,

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

DON JUAN CATALINA.

Estrenada con gran aplauso el 20 de Abril de 1861.



MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1861.

Vicente es un estúpido

Vicente es un tonto y un meco

y un gigante

PERSONAJES.	ACTORES.
JULIA DE SANDOVAL........	Doña Antonia Valero.
IGNACIA	Doña Ponciana Santa Ana.
JACINTO......................	D. Juan Catalina.
D. SEMPRONIO SANTA BÁRBARA......................	D. Juan Garcia.

La escena en Madrid y casa de Santa Bárbara. Año 1860.

ACTO UNICO.

Salon elegante. Chimenea á la derecha del espectador: delante de ella un vis-á-vis. En el centro un velador con varios vasos de porcelana comun, y un vaso de agua, de cristal ó de china. Butacas, sillones, etc. Un biombo cubre la entrada de la puerta de la derecha, pero de modo que permita el paso. Luces.

ESCENA PRIMERA.

JULIA, IGNACIA.

JULIA. Mira, Ignacia, ten preparado un vaso de agua con azúcar y flor de naranja para cuando mi tio entre.

IGNACIA. Está bien, señora. (Prepara varios vasos con agua y azúcar.)

JULIA. Pero no le sirvas en un vaso demasiado bueno. Ya sabes su costumbre...

IGNACIA. Si, si. ¡Caramba! ¡Me hace pasar unos sustos!...

JULIA. ¡Qué quieres! Ese es su genio. Acostumbrado á vivir entre cafres, allá en la India, donde sus negocios le llevaban de continuo mientras hemos vivido en América. (Campanilla dentro.) ¡Ah! ¡ahí está!

ESCENA II.

DICHAS, SANTA BÁRBARA.

IGNACIA. ¡Dios nos coja confesados! (Toma apresuradamente un vaso

de agua de los que hay sobre el velador.)

SANT. (Entra precipitadamente, coge el vaso de agua que le presenta Ignacia, lo bebe de un sorbo y luego estrella el vaso en el suelo.) ¡Ah!! ¡Uff!!! (Entra en la puerta izquierda.)

IGNACIA. ¡Válgame santa Úrsula!

JULIA. (Sentada tranquilamente á la chimenea.) No te asustes, muchacha, mi tio es como una malva. Algo atolondrado, es verdad...

IGNACIA. Una malva, ¿eh? ¡Pues vaya una cataplasma para un puerco espin!

JULIA. Habrá tenido alguna pendencia. ¡Con tal que no haya matado á alguno!...

IGNACIA. ¡Ave Maria purísima! (Ap.) No, lo que es yo no paro en esta casa ni quince dias.

JULIA. Recoge esos pedazos, que ya sale. (Ignacia los recoge.)

SANT. ¡Fámula!!!

IGNACIA. ¿Señor?

SANT. Vira de bordo y atraca.

IGNACIA. ¿Que atraque?

SANT. Ponte al habla.

IGNACIA. ¿Al habla?

SANT. (Impaciente.) ¿No me entiendes?

IGNACIA. (Temblando.) Perdone usted, señor. Como nunca he estado en América...

SANT. ¿Y qué ¡mil sacos de canela y cuatrocientos quintales de gengibre! tienen que ver todas las Américas del globo con... Acércate.

IGNACIA. ¡Ah! Eso ya es otra cosa. (Acercándose.)

SANT. ¡Silencio! Toma esos cuatrocientos reales y entrégaselos á un mozo de fonda que está ahí fuera. (Con un gran grito.) ¡Boga avante!

IGNACIA. (Sin comprender.) ¿Qué?

SANT. (Cogiendo una silla con rabia.) ¡Que te largues! (Ignacia echa á correr. Santa Bárbara, viéndola salir, coge la botella, se sirve un vaso y lo estrella despues contra el suelo. En seguida mira el reloj y dice.) ¡Ah! ya estoy tranquilo.

ESCENA III.

JULIA, SANTA BÁRBARA.

JULIA. (Con calma.) Ya he mandado comprar mas vasos para

cuando acabe usted con esos, querido tio.

SANT. No, por ahora no hacen falta. Ya me encuentro bien.

JULIA. ¿Pero qué le ha sucedido á usted?

SANT. Una tonteria. Me paseaba yo esta tarde por la calle de Alcalá, buscando el sol de mi tierra y viendo á estos majaderos de madrileños con un palmo de lengua fuera, por miserables treinta y dos grados de Reaumur, cuando de repente me veo... ¿á quién dirás? á mi amigo Panchito Giguex, ya sabes... aquel gallardo mozo que hacia conmigo en Africa el comercio de dientes de elefante, astas de unicornio y negros bozales...

JULIA. Si, si. ¿Y cómo está?

SANT. Muy constipado. ¡Santa Bárbara! me dice. ¡Panchitico! le respondo. ¡Tú en Madrid!—Ni mas ni menos.—¿Comeremos juntos?—En el Cisne.—Y nos entramos. Nos sirvieron bien. Solo que la fruta estaba muy verde y el pescado muy maduro. Pido la cuenta. Nos hacen esperar un cuarto de hora, y al fin llega el mozo con la minuta, pero no para nosotros, sino para un caballero que habia comido en la mesa de enfrente.

JULIA. ¡Ya!

SANT. Esto me encolerizó. No sufro preferencias, grité: yo he pedido la cuenta antes que usted, y no consiento en que le sirvan primero que á mí. ¿Y á usted qué le importa? me dice, y se dispone á pagar su cuenta. Yo entonces agarro una botella de Jerez que tenia al lado y ¡bueno! Iriarte legítimo; y ¡paff! se la estampo en la cabeza.

JULIA. ¡Dios mio! ¿Y le hirió usted?

SANT. ¡Cá! El Jerez no hace daño á nadie. Él me contesta con una de Valdepeñas, y se entabla la lucha entre la escuela manchega y la jerezana. De aqui lo consiguiente: tumulto, gritos; acuden los mozos, Panchito y yo agarramos dos de aquellos esclavos, y por la ventana ¡pataplum! á la calle.

JULIA. ¡Ah! ¡Dios mio! ¿Y cayeron?...

SANT. Si, sentados. No, no se han hecho daño: como es entresuelo... solo que rompieron todos los cristales al salir, porque las ventanas estaban cerradas. Pero en cambio han causado gran sensacion. Figúrate la sorpresa de los que pasaban por debajo al mismo tiempo. Unos creian que era el cometa Cárlos quinto que tocaba á la tierra con su cola; otros que caian los habitantes de la

luna. En fin, por buenas composturas doscientos reales de vidrios y doscientos de comida: total cuatrocientos. ¡Qué cara es la vida en este Madrid!

JULIA. ¡Somos ricos!

SANT. ¡Ah! si tú me creyeses volveriamos á América.

JULIA. ¡Bah! ¡Si fuera á Paris ó á Lóndres! De no ser esto prefiero Madrid.

SANT. ¡Paris, Lóndres, Madrid!... ¡Cielos nebulosos ocho meses del año! ¡nieves!... ¡Ah! ¡Cuba, Filipinas, el Perú!... —Confiesa que soy todo un buen tio.—Tu viejo esposo se empeña en hacer conmigo un viaje á las Pampas, y cátate que un pay-bay le salta al cuello un dia que se paseaba por las campiñas de Comaroconda. Á los diez minutos estabas viuda y á las dos semanas consolada.

JULIA. ¡Oh, tio!...

SANT. Vaya, vaya, eso no me importa. Si en lugar de quince dias no has llorado á tu marido mas que doce, tú sabrás por qué. Esa es cuenta tuya. El caso es que me dijiste: ¡Soy libre!... Querido tio, yo quiero ver Europa, Paris, Madrid... Y yo fuí tan... tio que consentí.

JULIA. ¿No es usted mi único pariente, mi protector, mi amigo, mi administrador...

SANT. Si, si, todo eso. Así es que he dejado por tí mi pais, mi sol... ¡pero tú podrias volvérmelo todo tan fácilmente!

JULIA. ¿Cómo?

SANT. Muy sencillo. Puesto que prefieres este viejo y raquítico mundo, vuélvete á casar. Ahí tienes á Correlargo.

JULIA. ¡Correlargo! un agente de comercio, un... No me gusta ese hombre.

SANT. Pues no es feo... ni viejo: tendrá treinta y dos años. Si la mitad de la vida humana son treinta y tres, Correlargo no tiene que correr mas que un año. En un año podias volver á quedarte viuda con mucha facilidad...

JULIA. ¡Cómo! ¡Tio!... Cualquiera que le oyera á usted me tomaria por otra Lucrecia Borgia.

SANT. Y si Correlargo daba un mentis á los cálculos de las tablas de mortalidad... bien. Entonces te vas con él á Comaroconda, le aconsejas que pasee por el campo para hacer la digestion, y como el pay-bay aquel ha debido ya tener hijos...

JULIA. ¡Tio, tio! ¿Qué es lo que dice usted?

SANT. ¡Já! ¡já! ¡já! ¿Lo tomas por lo serio? Ya sabes que yo

soy asi. Siempre alegre y chancero.—¿Y Correlargo no ha venido hoy? (Mirando su reloj.)

JULIA. No.

SANT. Se le habrá olvidado: es tan distraido... ¡Ignacia! ¡Ignacia!

ESCENA IV.

DICHOS, IGNACIA.

IGNACIA. ¡Señor!

SANT. Atraca.

IGNACIA. ¿Que atraque?

SANT. ¿No me entiendes? Voto á mil... (Ignacia corre á llenar el vaso y Santa Bárbara se lo impide.) ¡No es eso! ¡Oh! ¡qué estúpidos son estos criados! Si fuesen negros, ¡cómo los venderia yo ahora al volver á América!... pero son blancos y no se puede...

IGNACIA. ¡No faltaba mas!

SANT. ¡Qué lástima! (Mirándola con atencion.) Si fuese negra ya me darian por ella lo menos mil duros.

IGNACIA. ¡Mil duros!

SANT. ¿Á ver los dientes? Mil quinientos. ¡Pero es blanca!—Dáme el sombrero.

JULIA. ¿Vá usted á salir?

SANT. Si. Panchitico me espera para tomar un *Gin-cock-tail* [1] en el Suizo. Hasta despues.

ESCENA V.

JULIA, IGNACIA.

IGNACIA. (Ap.) ¡Qué avestruz!

JULIA. ¡Vaya! ¡otra vez sola! ¡Ay! me fastidio soberanamente. ¿Ignacia? (Se levanta, dá algunos pasos y vuelve á sentarse.)

IGNACIA. ¿Señorita?

JULIA. ¿Sabes tú lo que es *espleen*? [2]

IGNACIA. Si, señora. Una tela inglesa para vestidos de baile.

---

1 Se pronuncia *Yincotell.*

2 *Esplin.*

JULIA. Si, si; estás enterada. Anda á ver quién llama. (Campanilla dentro.)

IGNACIA. Voy, señora. (Váse.)

JULIA. Será mi pretendiente. El señor Correlargo. No, pues lo que es hoy no ha corrido mucho; son mas de las nueve. (Mirando el reloj.)

IGNACIA. (Saliendo por el foro.) ¿Señora?

JULIA. Bien, que pase adelante.

IGNACIA. Si es que es un caballero que no conozco; me ha entregado esta tarjeta.

JULIA. Dáme. (Leyendo.) «Jacinto Santelices...» No sé... como no sea algun amigo de mi tio... pero de noche, y á estas horas... en fin, hazle entrar...

IGNACIA. (Al foro.) Pase usted, caballero.

ESCENA VI.

DICHAS, JACINTO, vestido con elegancia, el paletó sobre el brazo y una agenda en la mano.

JACINTO. Á los pies de usted, señora.

IGNACIA. (Ap. y mirándole con asombro.) ¡Calla! Si es don Jacinto. Aquel que... ¡ah! ¡ah! ¡ah! (Julia hace una seña á Ignacia, que sale por el foro.)

JACINTO. (Mirando al libro.) ¿Es á la señora doña Julia de Sandoval á quien tengo el honor de hablar?

JULIA. La misma, caballero.

JACINTO. ¿Calle de la Montera, número treinta y ocho, segundo piso?

JULIA. Exactamente.

JACINTO. (Saca unos guantes blancos del bolsillo y se los pone.) Muy bien, señora. En ese caso tengo el honor de pedir á usted su mano.

JULIA. (Asombrada y levantándose.) ¡Mi mano! Pero, caballero...

JACINTO. Si, comprendo; vá usted á decirme: ¡caballero, si yo no le conozco á usted!...—Pero yo tampoco la conozco á usted, señora. ¡Bah! Pues si nos conocieramos no tendria eso nada de particular.

JULIA. ¡Un loco! En mi casa...

JACINTO. Figúrese usted, señora...

JULIA. (Toca la campanilla. Ignacia aparece.) Ignacia, acompaña á este caballero. Tenga usted la bondad de salir.

JACINTO. (Ap.) ¡Diablo!... (Sale por el foro saludando ceremoniosamente varias veces.)

JULIA. (Queda perpleja un momento y concluye por soltar la carcajada.) ¡Já! ¡já! ¡já!... ¡Qué original! ¡Vaya una proporcion que se me presentaba! ¡Si hubiera estado aqui mi tio!... Deberia haberle dejado hablar... ¡hace tanto tiempo que me fastidio?...

JACINTO. (Volviendo á entrar.) Pues nada mas fácil, señora. Tengo una verdadera satisfaccion... tenga usted la amabilidad de sentarse.

JULIA. ¿Cómo? ¿otra vez?...

JACINTO. (Tomando una silla y sentándose.) Señora, mi nombre le ha visto usted en la tarjeta. Jacinto Santelices: mi edad... la de las mujeres de Balzac: mi fortuna cinco mil duros de renta: mi profesion... (Dando un gran suspiro y con voz melancólica.) Mi profesion... desgraciado.

JULIA. Pues tiene un bonito sueldo esa profesion.

JACINTO. ¡Usted me ha tomado hace poco por un loco! ¡Ah! ¡no, señora! Un loco es la mitad de un poeta, y yo no soy de esos afortunados mortales que caminan siumpre por las celestes esferas. No; yo me arrastro estúpidamente por los adoquines de la coronada villa. ¿Sabe usted cuál es mi vida, señora? Me levanto á las once. Mi criado me dice: «El almuerzo está servido.» Almuerzo, salgo, encuentro algun conocido que me dice: «¡Calla! ¿tú por aqui?—Si, yo por aqui.—¿Y cómo estás?—Bien; ¿y tú!—Mal; me duelen las muelas.—Tanto peor. —Vaya, adios.—Que te diviertas.» Esto dura hasta las dos. Á las dos monto á caballo; algunas veces doy un batacazo. Á las cinco vuelvo á mi casa, donde mi criado me dice: «La comida está dispuesta.»—Como, salgo, voy á la zarzuela, me aburro; voy á reuniones donde encuentro siempre las mismas gentes, que me dicen: «¡Calla! ¿tú por aqui?—Si, yo por aqui.—¿Y cómo estás?—Bien; ¿y tú?—Mal; me duele este ojo.—Lo siento. Adios.—Que te diviertas.» De tiempo en tiempo, por variar, voy al Casino; juego y pierdo. Esto dura hasta la una: á las dos me acuesto, y al dia siguiente... señora... vuelvo á empezar.

JULIA. ¿Y bien? No veo en todo eso nada de particular.

JACINTO ¡Cómo, señora! ¡Viajar asi constantemente en el ómnibus de la monotonia! ¡Pasear todas las tardes por Ato-

cha ó la Castellana! ¡Ah! Yo necesitaba algo imprevisto. (Sacando el reloj.) Escúcheme usted, señora, pues no tengo mas que un cuarto de hora disponible. Ayer estaba yo en el teatro. Salgo en un entreacto dejando mi paletot en la butaca; vuelvo, y el vecino de al lado, distraido sin duda, se lo habia llevado, dejándome el suyo. Yo no lo advertí, y me lo puse. Salgo á la calle, meto la mano en el bolsillo para sacar mi petaca, y aqui de lo imprevisto, de lo imprevisto tan deseado...

JULIA. ¿Qué?

JACINTO. Aqui lo tiene usted, forrado en marroquí amarillo. (Mostrando la agenda.) Vea usted.

JULIA. (Leyendo en la agenda.) «Damian Correlargo, agente...»

JACINTO. Cabal. Un hombre que no tiene sin duda el don de la memoria, y escribe todas las noches en su libro lo que tiene que hacer al dia siguiente.

JULIA. No comprendo, caballero...

JACINTO. ¿No comprende usted? Pues bien, óigame usted, señora. Yo me fastidio soberanamente, dije al ver tan precioso hallazgo; pues hagamos lo que debia hacer Correlargo. Mi vida me aburre, pues entremos en la vida de Correlargo. Hé aqui el programa de hoy, señora. Yo he jurado solemnemente ejecutarlo al pié de la letra.

JULIA. ¡Calla! ¡Es curioso esto!

JACINTO. «Artículo primero. Ir al almacen de los señores Peñaredonda é hijos y comprar sesenta bocoyes de azúcar y cuarenta sacos de café.» Ya está hecho. Esta mañana los compré. La provision es un poco excesiva, pero ¿qué importa? Mi taza de café está asegurada para toda la vida. Bien. Este artículo está cumplido. «Segundo. Si paso por la calle de Jardines subir á hacer una visita á Enriqueta.»

JULIA. ¿Enriqueta?

JACINTO. Este no habia necesidad de cumplirle, porque ya la habia hecho varias el año pasado cuando se llamaba Carolina.» Cumplido. «Artículo tercero. Á las nueve subir á casa de doña Julia Sandoval, calle de la Montera, número treinta y ocho, segundo, y pedirla su mano en toda forma.» Ruego á usted, señora, que repare bien que á las nueve en punto estaba yo colgado del cordon

de su campanilla. Por consecuencia creo que está cumplido. «Cuarto. No sufrir observaciones del tio Santa Bárbara, y en caso necesario faltarle al respeto.» Este artículo está ilustrado.

JULIA. ¡Ilustrado!

JACINTO. Si, señora. Tiene una viñeta.

JULIA. ¿Qué viñeta?

JACINTO. Una pierna horizontal dirigiéndose á un caballero que no se presenta de cara. Artículo peligroso y no ejecutado. Sin embargo, yo prometo...

JULIA. ¡Cómo! ¿Se atreveria usted?

JACINTO. Lo he jurado, señora. «Artículo quinto. Á las nueve y media ir á tomar un baño ruso y hacerme friccionar con un cepillo.» (Mirando el reloj.) ¡Ah! ¡las nueve y treinta y uno!... Señora, ¡cuánto siento dejar á usted, pero es indispensable! ¡Me espera el vapor!... Voy á sumergirme en el vapor, y vuelvo.

JULIA. Es inútil, caballero. Si esto, como me presumo, no es mas que una apuesta, ya la ha ganado usted.

JACINTO. ¡Ah! ¿Y me cree usted capaz?... No tengo tiempo de sincerarme. ¡La estufa me está dando voces!... No importa, me sumerjo y vuelvo.

JULIA. He dicho á usted, caballero...

JACINTO. (Saliendo precipitadamente por el foro.) Me sumerjo, y vuelvo.

ESCENA VII.

JULIA, IGNACIA: á poco JACINTO.

JULIA. ¡Pero este hombre está loco! ¡Y mi tio que me deja asi, expuesta á!... ¡já! ¡já! Decididamente es un original...

IGNACIA. ¿La señora necesita alguna cosa?...

JULIA. Si, aire. ¿Se ha llevado mi tio el carruaje?

IGNACIA. No, señora. Mandó enganchar, y luego se fué á pié.

JULIA. Pues dáme mi sombrero... un abanico...

IGNACIA. Aqui tiene usted, señora. (Campanilla.)

JULIA. ¡Ah! llaman. Será don Damian.

IGNACIA. ¿Se queda usted?

JULIA. Al contrario. No quiero ver á nadie. (Dirigiéndose al foro.)

IGNACIA. Pero se vá usted á encontrar con él si sale usted por ahí.

JULIA. ¡Ah! ¡si, es verdad! Por este lado. (*Váse por la puerta izquierda.*)

JACINTO. He reflexionado en la escalera que es inútil tomar el baño ruso. Ya lo tomé esta tarde en el Prado. ¡Digo! un sol de treinta y seis grados... Cumplido. Si. Cumplido.—Pero, ¡calla! ¿dónde está la señora?...

IGNACIA. (*Ap. mirándole.*) No me engañaba yo. Es el mismo. (*Alto.*) ¡Don Jacinto!

JACINTO. ¿Mi nombre? ¿Quién eres tú?

IGNACIA. ¡Cómo! ¿no me reconoce usted? Soy Ignacia.

JACINTO. ¿Ignacia?... ¿Qué Ignacia?

IGNACIA. Ignacia Rosoli. Estuve de doncella en casa de la señorita Rosa.

JACINTO. ¿Rosa?... ¿Qué Rosa?...

IGNACIA. Doña Rosita. ¡La de la calle del Turco!

JACINTO. ¡Ah! si... Rosilla...

IGNACIA. Aquella que le amaba á usted tanto.

JACINTO. Ya les ha sucedido eso á varias.

IGNACIA. ¡Si, pero como aquella!... ¡Caramba! me acuerdo que un dia quiso suicidarse por usted, y me envió á buscar seis cajas de fósforos y una botella de rom.

JACINTO. Si, solo que se le olvidó echar los fósforos y se bebió el rom solo. ¡Desgraciada! La perdono. En fin, dejemos esta conversacion: no es prudente cuando solicito la mano de la señora de Sandoval...

IGNACIA. ¿De veras? ¿Quiere usted casarse con mi señora?

JACINTO. ¿Eh? ¿casarme? ¡Demonio! (*Leyendo la agenda.*) ¡Ah! no. Afortunadamente no estoy obligado... por ahora solo se trata de pedir su mano.

IGNACIA. Entonces no creo difícil... La señora es viuda.

JACINTO. ¿Cómo? ¡Ah! Es segunda edicion. (*Mirando un medallon que está colgado en la pared.*) ¿Qué es esto?

IGNACIA. El retrato de la señora.

JACINTO. (*Descolgándole.*) Su fiel imágen. ¡Caramba! Es muy bonita esta mujer. No habia yo reparado... (*Guarda el medallon en el bolsillo.*)

IGNACIA. ¡Cómo! ¿Se guarda usted el retrato?

JACINTO. Ya enviaré el marco.

IGNACIA. No, no, de ningun modo; vuelva usted ese cuadro á su sitio.

JACINTO. ¡Señora Rosoli, déjeme usted en paz. (*Parándose delante de otro cuadro pequeño que está colgado.*) ¿Qué es esto?

IGNACIA. Es otro retrato al daguerreotipo.
JACINTO. ¿De la señora?
IGNACIA. Si.
JACINTO. (Descolgándole.) ¡Ah! su fotografía. (Mirándola.) ¡Calla, calla! Es un ángel esta mujer: ¡cuidado si es bonita!... Y yo que no habia reparado... (Se guarda el cuadro en el bolsillo.)
IGNACIA. Pero ¿quiere usted dejar eso?
JACINTO. Enviaré el marco.
IGNACIA. Es que la señorita...
JACINTO. Señora Rosoli, hágame usted el favor de irse á sus quehaceres. Déjeme usted tranquilo.
IGNACIA. (Ap.) En fin, ¿á mí qué me importa? Cuando venga la señora, allá se las arreglen.

ESCENA VIII.

DICHOS, SANTA BÁRBARA.

SANT. ¡Qué Dios confunda Madrid y á los madrileños!...
IGNACIA. (Corriendo con un vaso.) Aqui está, señor.
SANT. (Bebe y lo rompe.) ¡Hum! ¡Ah! ¡Esto consuela! (Entra en la puerta derecha.)
JACINTO. ¿Quién es ese antropófago?
IGNACIA. El tio de la señora.
JACINTO. ¿El tio? ¿El artículo ilustrado? Aqui está mi negocio.
IGNACIA. Un ogro, un salvaje, capaz de matar un toro de un puñetazo.
JACINTO. ¡Santa Bárbara!
SANT. (Saliendo.) Servidor de usted.
IGNACIA. (Huyendo.) ¡Ah!

ESCENA IX.

SANTA BÁRBARA, JACINTO.

JACINTO. Beso á usted...
SANT. Nada de cumplidos, caballero.—¡Ah! ¡Ignacia! ¡Ignacia! ¿Dónde está esta muchacha? ¡Ah! Estoy furioso.
JACINTO. (Ap.) ¡Demonio!
SANT. Figúrese usted que estaba yo en el café del Iris tomando un Zerrhiconller. En la mesa de al lado habia una

colección de pollos hablando de su destreza en el tiro de pistola, y diciendo á cual mas sandeces. Me cargué...

JACINTO. ¿Y por qué?

SANT. ¿Á usted qué le importa? Le digo á usted que me cargué de oir tantas baladronadas, y resuelto á darles una leccion, saco un revolver del bolsillo... (Saca uno.)

JACINTO. ¿Está cargado? (Inquieto.)

SANT. Aun queda un tiro.

JACINTO. ¡Zambomba! Es suficiente.

SANT. (Continuando.) Veo venir á un mozo con una cerilla en la mano, en esta posicion, (Levantando el brazo por cima de la cabeza.) y ¡pum! le apago la luz á veinte pasos lo menos.

JACINTO. (Asustado.) ¡Santa Bárbara!

SANT. ¿Qué se le ofrece á usted?

JACINTO. Nada, amigo mio, nada; continúe usted.

SANT. No hay mas que decir. Apagué la luz, pero la bala fué á dar al espejo del otro lado.

JACINTO. Ya; ¿y lo rompió usted?

SANT. Es claro: cuarenta duros. ¡Ignacia! ¡Ignacia! ¿Dónde diablos está? ¡Ignacia! ¡Si la encuentro la despedazo!

JACINTO. ¿Eh? ¡Jé, jé! Es usted vivillo de genio.

SANT. ¿Yo? ¡Pues si tengo el carácter mas apacible! ¡Aun dos dias despues de nacer creian todos que era una niña!

JACINTO. ¡Canario!

SANT. Sepa usted que si me incomodo es por razones higiénicas. Si estuviera tranquilo un cuarto de hora, me daba de seguro una apoplegia.—¿Estoy encarnado?

JACINTO. Si; como un tomate maduro.

SANT. ¡Pero estos criados! (Tirando del cordon de la campanilla.)

JACINTO. Deje usted, deje usted, verá usted cómo vienen. (Coge el revolver que Santa Bárbara ha dejado sobre el velador y le dispara en la chimenea.)

IGNACIA. (Aparece.) ¿El señor ha llamado? (Á Jacinto.) ¡Calla! ¡Hombre, me gusta el modo!

SANT. (Á Ignacia.) Si: toma esos dos billetes y entrégaselos á un mozo de café que está esperando ahí fuera.

IGNACIA. (Ap.) ¡Anda! ¡otro!

SANT. ¿De qué te ries?

IGNACIA. De nada, señor. Es que estoy contenta.

SANT. ¿De qué?

IGNACIA. Del buen tiempo: yo soy como las moscas.

SANT. Pues leva, larga el trapo. (Ignacia se vá.) ¡Ajá! (Saca el re-

loj.) Ahora tengo un cuarto de hora para estar tranquilo. (Toma el revolver y se pone á cargarlo.)

JACINTO. ¡Tiene un cuarto de hora!... Este es el momento de poner en ejecucion el artículo ilustrado. (Santa Bárbara está de espalda. Jacinto levanta la pierna.)

SANT. (Volviéndose á tiempo.) ¿Qué hace usted? ¿Qué demonios de ejercicio es ese? (Jacinto al ver el revolver se pone á bailar.)

JACINTO. ¡Nada! Son los nervios. No haga usted caso.

ESCENA X.

DICHOS, JULIA.

JULIA. Buenas noches, tio.

JACINTO. Señora... (Saludando.)

JULIA. ¡Cómo! ¡Usted aqui todavia! En verdad, caballero, que esta insistencia... ¿Qué me quiere usted? Yo no le conozco...

SANT. ¡Cómo! ¿No le conoces? Pero es que yo tampoco, ¡caramba! ¡Y es verdad que hace media hora que hablo con él sin saber quién es!... (Sigue cargando el revolver.)

JULIA. Este caballero solicita mi mano. Eso es todo lo que sé de él.

SANT. ¡Cómo! ¿Qué se entiende? (Saca el reloj, y al ver la hora dice.) ¿Á ver? ¡Ignacia!

ESCENA XI.

DICHOS, IGNACIA.

IGNACIA. ¿Señor?

SANT. Yo no puedo incomodarme, porque todavia no es mi hora. Pero tú has entrado en casa para hacer todo lo que te se mande, ¿no es esto?

IGNACIA. Si, señor; pero...

SANT. Pues bien, coge á ese caballero y échale por la ventana.

IGNACIA. ¡Cómo! Señor...

JULIA. Ignacia, alumbra á ese caballero.

JACINTO. (Ap.) Si, lo mejor será huir el cuerpo... (Alto.) En ese caso, señora, y en la situacion en que nos encontramos, no tengo el derecho de conservar nada de usted.

Aqui tiene usted su retrato. (*Le dá uno de los que guardó.*)

SANT. ¿Tu retrato?

JULIA. ¿Cómo? ¡Caballero!...

JACINTO. Yo lo habia tomado, señora...

JULIA. ¿Para qué?

JACINTO. Para tomarle. Pero en el caso á que hemos llegado... (*Se marcha y vuelve.*) Y aqui tiene usted su fotografia, que tambien habia tomado...

JULIA. ¡Qué atrevimiento!

JACINTO. No quiero conservar nada que la pertenezca... ¡Ah! y tome usted tambien la agenda del señor Correlargo. He cumplido todos los artículos de mi programa, excepto uno... (*Mirando á Santa Bárbara.*) uno solamente, y bien á pesar mio... pero en fin, el que hace lo que puede, no está obligado á mas.

SANT. ¿Correlargo?... ¿agenda?... No comprendo.

JACINTO. No, ni hace falta. Adios, señora: deseo que su futuro esposo, que tiene tan poca memoria, no se olvide de hacerla á usted feliz. (*Julia ha estado hojeando la agenda. Ignacia detrás de su silla lee á hurtadillas.*)

JULIA. No se olvidará, ciertamente, si cumple con exactitud el artículo seis de la agenda.

JACINTO. (*Que vá á salir y vuelve.*) ¿Eh? ¿cómo, señora? ¿El artículo seis? Pero ahí no habia ningun seis.

JULIA. Lo habia, y lo hay al volver la hoja. Un artículo indispensable, y muy importante.

JACINTO. ¿Y cuál, señora, cuál?

JULIA. (*Guardando el libro en el bolsillo.*) Para saberlo era preciso volver la hoja.

IGNACIA. (*Ap.*) Si, pero yo le he visto.

JULIA. Ignacia, alumbra á este caballero.

JACINTO. (*Con abatimiento.*) ¡Habia otro artículo! ¡Y yo no le he leido!

SANT. (*Con fuerza, despues de sacar el reloj.*) Y bien; ¿ha acabado usted?

JACINTO. ¡Ah! Ya llegó la hora de la furia. Bueno. Mejor. ¡Yo tambien estoy furioso! ¡Rabioso!

SANT. ¡Caramba!

JACINTO. (*En el mismo tono.*) ¡Carambola!

SANT. ¡Culebrinas de la India!

JACINTO. Si, señor. ¡Culebrinas del demonche! ¿Y á mí que me importa toda esa ira? ¡Yo lo encontraré! Si, señor; en-

contraré ese artículo seis. En un siglo en que se ha encontrado el vapor, la electricidad, el magnetismo, las lanchas cañoneras y el sufragio universal, ¿no se habia de encontrar un miserable artículo seis? Le encontraré, le digo á usted. (Coge un vaso, bebe y lo rompe.) ¡Caramba!... Tenia usted razon; esto consuela.

SANT. ¿Saldrá usted al fin? (Amenazándole.) ¡Voto á diez mil carabinas!

JACINTO. (En el mismo tono.) ¡Saldré, voto á diez mil cañones! ¡Señora Rosoli! Alúmbreme usted. (Sale seguido de Ignacia.)

ESCENA XII.

SANTA BÁRBARA, JULIA: á poco IGNACIA.

SANT. (Paseándose furioso.) ¡Y yo le he dejado marchar sin es, trangularle! ¡Voto á!... (Calmándose de repente.) Mira ¿pues querrás creer que me agrada mucho ese muchacho? ¿Pero qué significa todo esto?

JULIA. Que ese jóven se ha encontrado el libro de memorias en que Correlargo escribe todos los dias lo que tiene que hacer al siguiente, y se ha propuesto ejecutar por su cuenta y riesgo todo su programa de hoy.

SANT. ¡Hum! ¡Desconfiemos! ¡Si fuera un caballero de industria!...

IGNACIA. (Entrando por el foro con una luz en la mano.) ¡Un caballero de industria! ¿Don Jacinto Santelices? ¡Bah! Si es un señor muy rico y muy generoso.

JULIA. ¡Ah! ¿tú le conoces?

IGNACIA. Si, señora. He servido en casa de una parienta suya.

SANT. ¡Vaya, vaya! Las diez y media. (Tomando una luz.) Buenas noches, sobrina.

JULIA. Buenas noches, tio. Ignacia, no te necesito; puedes retirarte. (Ignacia se retira por el foro despues de apagar los candelabros.)

SANT. ¡Ah! ¡qué dia!

JULIA. ¡Y qué noche!

SANT. ¡Ah! ¡si! la agenda. Diablo de Correlargo. Hasta mañana.

JULIA. Hasta mañana. (Santa Bárbara entra en la puerta derecha, Julia en la izquierda: el teatro queda á oscuras.)

ESCENA XIII.

JACINTO, con un cofrecito debajo del brazo.

JACINTO. Pues señor, he encontrado mi artículo seis. Estaba en un cajon de mi mesa, y como vivo aqui al lado... Hélo aqui. (Señala el cofrecillo.) Esta buena Ignacia que me ha puesto al corriente de todo... Valen un mundo estas doncellas, cuando valen algo. (Saca un fósforo y enciende una luz.) Las once menos cuarto. Un poco tarde es, pero en fin, mas tarde seria si fuesen las doce. Esta viuda me ha sacado de quicio, y si pudiera, ya que he cambiado de gaban con Correlargo, cambiar tambien de *casaca*! Yo le daria á escoger entre todo mi repertorio, que es bien extenso.—¿Cuál será el cuarto de la hermosa Julia?

SANT. (Dentro, por la derecha.) ¿Dónde demonios está mi gorro de dormir?...

JACINTO. (Retrocediendo.) ¡Ah! ¡la serpiente de cascabel! No es por aqui. Entonces será en este otro lado. (Se oye á Julia tararear una cancion.) ¡Ah! aqui está el nido de la blanca paloma. (Encendiendo todas las luces que hay en la escena.) ¡Qué extraño es el destino del hombre! ¡Y pensar que todo esto me ha sucedido por haber ido ayer á la zarzuela! ¡Luego dirán que no se saca nada de la zarzuela! ¡Vean ustedes si yo he sacado, ó espero sacar por lo menos!... ¡Una encantadora viuda, nacida cerca del trópico! ¡Ea! ¡á la obra! (Llama dulcemente al cuarto de Julia.)

ESCENA XIV.

JACINTO, JULIA.

JULIA. ¿Cómo? ¿Qué significa?...

JACINTO. (Saludando.) Soy yo, señora.

JULIA. ¿Usted, caballero? Todavia...

JACINTO. Todavia y siempre.

JULIA. ¡Qué audacia! ¡Retírese usted, ó llamo!

JACINTO. Como usted guste, señora. Estoy resuelto á todo, y no me iré sin haber cumplido mi mision.

JULIA. En ese caso voy á llamar á mi tio.

JACINTO. Está bien, señora. Abra usted la jaula, y mañana se leerá en la gacetilla de *La Esperanza*: «La casa número treinta y ocho de la calle de la Montera ha sido teatro anoche de un drama sangriento. Un jóven que pertenece á la clase acomodada de la sociedad, fué devorado por un ogro en las habitaciones de la señora de Sandoval. Cuantos socorros se le prodigaron fueron inútiles para volverle á la vida.» Abra usted, señora; pero semejante al esclavo de la antigüedad, permítame usted que la diga: «*la víctima dispuesta á morir os saluda.*» «*Ave moriturus saludavit tibi.* (Saluda.)

JULIA. (Sonriendo.) Escuche usted, caballero. No me desagrada la originalidad, y menos tal vez la de usted que ninguna otra, pero á una hora mas conveniente; á una hora en que no se atropellen de este modo todas las conveniencias sociales.

JACINTO. Comprendo á usted, señora, y voy á calmar sus escrúpulos. (Coge el biombo y lo despliega de modo que la escena quede dividida.) Vea usted; ya estamos cada uno en su casa, y podemos hablar como buenos vecinos. No pido á usted mas que cinco minutos para explicarle el objeto de esta nueva visita.

JULIA. ¿Cinco minutos? ¿Y en seguida se irá usted? (Jacinto jura con la accion.) Bien; sea.

JACINTO. En cinco minutos habré ejecutado mi artículo seis.

JULIA. ¿Le conoce usted?

JACINTO. Sí, señora. (Coloca el velador en el proscenio delante del biombo y encima el cofrecillo.) Aquí está.

JULIA. ¿Una caja?

JACINTO. Artículo seis: quemar delante de Julia toda mi correspondencia amorosa.

JULIA. ¿Y cómo ha podido usted saber?... (Sacando el libro del bolsillo y poniéndolo sobre el velador.)

JACINTO. Señora, este es resultado de un gran trabajo de traduccion, que he hecho... en la escalera cuando salí de aquí. Comencemos. (Alargando á Julia por encima del biombo una carta que saca del cofrecillo.)

JULIA. Pero, caballero...

JACINTO. Se lo suplico á usted, señora. Lea usted; es muy instructiva.

JULIA. (Toma la carta y se sienta.) Pero en fin, á qué asunto ..

JACINTO. Lea usted, lea usted: verá usted cómo principia esa carta con un arrebato de pasion...

JULIA. (Leyendo.) En efecto.

JACINTO. Y cómo concluye con una cuenta de la modista, á guisa de posdata.

JULIA. Es cierto. ¡Já, já, já!

JACINTO. (Asomando la cabeza por encima del biombo.) Pues vea usted esta otra.

JULIA. Caballero, usted falta á lo estipulado. Cada uno en su casa, hemos dicho.

JACINTO. Y asi es. Yo estoy en mi balcon. Número dos. (Alargando la otra carta.) Qué estilo, ¿eh?

JULIA. (Leyendo.) Si, algo independiente.

JACINTO. Mucho, mucho; la imágen de su carácter. Independiente como los Estados Unidos, solo que cambia con mas frecuencia de presidente. ¿No tiene posdata?

JULIA. No, un rizo.

JACINTO. *La trenza de sus cabellos.* ¡Tenia tantos! Bien debe echarlos de menos hoy dia.

JULIA. ¡Pero qué, caballero! ¿Estos recuerdos no despiertan en usted ningun sentimiento? ¿Qué edad tiene usted?

JACINTO. Treinta y dos años, señora. Pero hace dos que me planté, y desde entonces no tengo mas que treinta.—¡Recuerdos! ¡Bah! ¿Y qué recuerdos quiere usted que despierten semejantes locuras? Al verdadero hombre de corazon solo le inspiran risa y vergüenza las excentricidades de sus veinte años. Comencemos el *auto de fé.* (Quema las cartas.) Es inútil que usted lea las demas. No son mas que segundas, terceras y cuartas ediciones de las otras, corregidas y aumentadas. Y ahora que el programa del dia está cumplido, permítame usted que la salude y me retire.

SANT. (Dentro.) ¡Voto á cien coralillos! ¿Dónde estan mis babuchas? (Se oye un tiro en su cuarto.)

JULIA. (Asustada.) ¡Dios mio!

JACINTO. No se asuste usted; es su tio que llama á las babuchas.

JULIA. ¡Huya usted, que viene!

JACINTO. (Despues de dudar un momento, pliega el biombo, quedándose dentro.) ¡Ah!

ESCENA XV.

DICHOS, SANTA BÁRBARA, despues IGNACIA.

SANT. (Saliendo de su cuarto con bata y gorro.) ¡Cómo! ¿No te has acostado?...

JULIA. (Turbada.) No... querido tio... he salido... porque... no tengo sueño...

SANT. Yo tampoco. Y ya que ni uno ni otro podemos dormir tomaremos una tacita de té, si te parece.

JULIA. (Ap.) ¡Ah, Dios mio! (Alto.) ¡Tio, á estas horas!

SANT. ¿Y qué importa la hora? ¡Ignacia! ¡Ignacia!

IGNACIA. (Saliendo.) ¿Señor?

SANT. ¡Hola! ¿Tú tampoco te has acostado? (Con malicia.) ¡Es particular!... Di que nos hagan té.

IGNACIA. Voy. (Ap.) ¡Ay, qué habrá sido de él! (Vase.)

SANT. (Acercándose y dando golpecitos al biombo.) ¡Caballero! ¿Caballero? ¿Querrá usted favorecernos tomando una taza de té con nosotros?

JACINTO. (Sacando la cabeza.) ¡Si me quisieran ustedes dar chocolate!

JULIA. ¡Cómo!

SANT. (Riendo.) ¡Já, já! Todo lo he oido. Hasta lo del cambio de *casaca* con Correlargo. ¡Já, já!

JACINTO. ¡Já, já!

SANT. Jóven, usted me agrada.

JACINTO. En ese caso... (Poniéndose los guantes.) tengo el honor de pedir á usted la mano de la...

SANT. Comprendo, comprendo. Pero mi sobrina, por el buen parecer, tiene que llorar á su marido un año lo menos.

JACINTO. Bueno; pues le lloraremos medio cada uno.

SANT. ¡Já, já! ¡Es que me gusta mucho este jóven!

JULIA. ¡Pero, tio!

SANT. Calla, calla y déjalo todo de mi cuenta. Yo haré tu felicidad.

ESCENA XVI.

IGNACIA, DICHOS.

IGNACIA. Señora, el señor de Correlargo pregunta si estan ustedes

aun levantados y si puede pasar.

SANT. Pues hombre, llega á la hora de los buñuelos.

JACINTO. Toma. Entrégale su paletó...

JULIA. Y su libro.

JACINTO. Eso es. Pero permítame usted. (*Escribiendo en la agenda.*) Artículo sétimo: no volver á poner los pies en casa de la señora de Sandoval, sopena de sufrir en el propio individuo la ejecucion del artículo ilustrado. (*Entrega el libro á Ignacia, y dice volviéndose á Santa Bárbara.*) Este es un artículo que le concierne á usted, y que no he puesto por obra...

SANT. Hombre, ¿y por qué? Ande usted, ande usted, dígame...

JACINTO. Ya, ya tendremos ocasion de sobra. Eso vendrá á su tiempo. Vamos á vivir juntos. Lo que importa por ahora es saber...

Y yo lo tomo á mi cargo,
fiado en vuestra clemencia,
si merecerá indulgencia
La agenda de Correlargo.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada, con la ligera supresion atajada en la escena XIII.
Madrid 28 de Marzo de 1861.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

NOTA. *Se hizo la supresión de que habla la censura.*